

Parece que las mujeres no sabían que los judíos habían puesto guardia al sepulcro.

Pensando en esta dificultad avanzaban sin embargo, y llegaban al sepulcro cuando salía el sol. Ya los guardias aterrados habían desaparecido, y antes que viniesen las mujeres, y acaso por distinto camino que ellas habían bajado a Jerusalén. Cuando se acercaron vieron maravilladas que la piedra estaba vuelta, y la entrada libre.

Sobrecogidas de admiración entraron en el monumento y lo encontraron vacío. No estaba ya allí el que ellas buscaban. Entonces María, llena de sobresalto, corrió a la ciudad, y se dirigió a Pedro y Juan. Debían éstos vivir juntos en aquellos días, y tal vez estaban en el cenáculo con la Virgen María, mientras los demás apóstoles estaban en diversos sitios con sus amigos como podían.

Mientras Magdalena venía toda apurada a contar lo que había visto a San Pedro y a San Juan, las otras mujeres consternadas perseveraban en el sepulcro viéndose completamente cortadas en sus destinos, y sin saber qué hacerse ya con todos aquellos aromas que, desaparecido el cadáver de Jesucristo, eran del todo inútiles.

«Y estando así consternadas, dice San Lucas, he aquí que aparecen a su lado dos varones fúlgidamente vestidos».

De ellos San Marcos y San Mateo solo mencionan uno «un joven vestido de túnica cándida» y San Mateo da a entender que era el mismo que al resucitar el Señor separó la losa y aterró a los guardias.

Llenas de espanto y deslumbradas inclinaron al punto la frente, y no se atrevían a mirar aquel maravilloso espectáculo. Mas el ángel, el mismo que había aterrado a los guardias, les dijo a ellas:

«—No temáis vosotras. Porque ya sé que buscáis á Jesús Nazareno el que fué crucificado. ¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí; ha resucitado, como él lo dijo. Venid y ved el sitio en que pusieron al Señor. Acordaos de lo que os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y crucificado, y que al tercer día resucite. Id presto, y decid a sus discípulos y a Pedro en especial, que ha resucitado y que irá delante de vosotros

a Galilea; allí le veréis, como él os lo dijo. Yo os lo aseguro».

No que antes de ir a Galilea, no le verían algunos en Jerusalén, sino que las apariciones a todos los discípulos y el trato que durante toda aquella cuarentena quería tener con ellos, habían de ser principalmente en Galilea, donde quería reunirlos lejos de Jerusalén, para mayor paz y tranquilidad.

Al oír estas palabras se acordaron las mujeres de las predicciones de Jesús, que lo mismo ellas que los discípulos, o no entendían o no creían, o no recordaban como ya lo explicamos. «Y al punto salieron del monumento llenas de temor y de alegría grande».

Y en el camino no dijeron una palabra a nadie. Encontrarían, sin duda muchos amigos, hablarían de los sucesos del Maestro, sentirían de seguro, según es el carácter femenino, y según era raro el suceso, gran comeción de contar todo a todos. Calláronse, sin embargo, muy prudentes, por el temor que tenían, y fuéronse derechas a contarlo a quienes les había dicho el ángel, a los discípulos.

298. PEDRO Y JUAN EN EL SEPULCRO

(J. 20, 2-10; L. 24, 12)

Mientras esto veían y oían las mujeres que habían quedado en el sepulcro, María Magdalena había ya avisado a los dos apóstoles, Pedro y Juan. Presentóse a ellos toda demudada y confusa y les dijo decididamente lo que ella se había figurado en cuanto vió la losa quitada y el sepulcro vacío:

«—Han robado al Señor del monumento, y no sabemos dónde lo han puesto».

En cuanto oyó Pedro esta noticia echóse sin más a la calle, y tras él el Discípulo Amado y dirigiéronse al sepulcro. Y llevados del anhelo de ver lo que pasaba «corrían», dice San Juan, y al principio corrían «los dos juntos», mas luego el más joven, adelantóse a Pedro, y llegó primero al monumento. Llegado allá inclinóse y vió colocados los lienzos, pero no entró». Respetuoso con el mayor y primero de los Apóstoles, aguardó a que llegase Simón Pedro. «Llegó

éste detrás de Juan, y entró en el monumento, y vió (no solo) los lienzos colocados, sino también el sudario, que habían puesto sobre la cabeza del Señor; y no estaba el sudario puesto con los demás lienzos, sino separado, plegado en un sitio. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado el primero al monumento y vió y creyó». Así lo describe el mismo San Juan, que se fijó en todos los pormenores de aquel suceso, uno de cuyos personajes fué él mismo.

Para entender bien todos estos hechos es preciso ponerlos en su caso, y considerar el estupor misterioso que un suceso tan prodigioso hubiera infundido en nuestros ánimos, si agitados por el amor, por la esperanza, por el temor, nos hubiéramos hallado como ellos por primera vez en presencia de lo sublime, de lo nunca visto, de lo desconocido, de lo misterioso de aquella resurrección, cuyas huellas únicamente veían allí en aquellos lienzos, abandonados no de cualquier manera, sino cuidadosamente, y en aquel venerando sepulcro vacío por tan prodigioso milagro.

El suceso era sumamente maravilloso, el más maravilloso que pudo suceder ni había sucedido nunca, la resurrección propia de un hombre por sí mismo. El sepulcro vacío debía inspirar una curiosidad profundísima. San Juan y San Pedro al llegar a él no se contentaron con un examen cualquiera, sino que entraron, se fijaron en cómo estaban los lienzos, y cómo separado de ellos, de las bandas con que había sido envuelto el cuerpo, estaba el sudario con que fué envuelta la cabeza, y todo esto, como lo nota San Lucas, lo examinó San Pedro inclinado sobre la fosa en que había sido colocado el santo cadáver, y ahora sólo quedaban los lienzos.

Entonces San Juan dice de sí mismo, que creyó. Y añade que «todavía entonces no sabían las Escrituras de que él debía resucitar de entre los muertos». Y por eso dice que entonces creyó por lo que vió en el sepulcro; porque después, cuando más tarde se enteró de la Escritura, creyó también y más firmemente por la misma Escritura divina.

«Con esto volviéronse los discípulos a su casa. Y Pedro volvía admirado de todo lo que había pasado».

299. APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA

(J. 20, 11-18; Mc. 16, 9-11.)

Regularmente María Magdalena, cuando avisó a Pedro y Juan de lo que pasaba, volvió con ellos al monumento, y como mujer llegaría algo después que ellos, o al mismo tiempo que San Pedro. Vió y examinó como ellos lo que había en el sepulcro, y viéndose fallida en sus esperanzas de encontrar al menos el cadáver del Maestro amado, sin cuidarse más que de su propio dolor, sentóse fuera del monumento llorando su pena.

Lloraba, pues, sin consuelo, porque ni siquiera tenía el de ver a Jesucristo muerto, y anhelando ver, ya que no el cadáver, al menos el sitio que se lo recordaba, después de haber estado un rato fuera, volvióse hacia el monumento, abajóse para ver su interior, y vió lo que antes no había visto, «dos ángeles vestidos de blanco y sentados, uno a la cabeza y otro a los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús...

»Dícenle ellos:—Mujer, ¿por qué lloras?»

«Díceles ella:—Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto».

Entonces sea que oyó detrás en el jardín algún ruido de hojas o de pasos o de alguien que se acercaba «volvióse hacia atrás, y vió a Jesús de pie; pero no sabía que era Jesús.

»Dícele Jesús:—Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?

»Ella, pensando que era el jardinero, le dice:—Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto, para que yo lo coja.

»Dícele Jesús:—María!...

»Y ella volviéndose le dice:—*Rabboni!* es decir ¡Maestro!

Si antes Jesús había desfigurado su voz, ahora debió pronunciar tan propiamente y tan dulcemente esta palabra ¡María! que María enagenada y como transportada cayó al punto a los pies del Señor exclamando arrebatada al ver a quien deseaba:—¡Maestro! Y puesta a los pies de Jesús, comenzó a besárselos con todo amor y reverencia.

«Dícele Jesús:—No me toques, que todavía no he subido

a mi Padre. Sino vete a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios».

No es fácil interpretar todas las cosas que le dijo el Señor en estas palabras. La más verosímil manera de interpretarlas es esta:

—No te detengas ahora a besarme los pies, déjame, que no me voy todavía al Padre y tiempo tendrás de verme y de besarme los pies. Lo que ahora vas a hacer es ir pronto a mis hermanos, mis discípulos, y decirles de mi parte, que ya voy a mi Padre, que he resucitado, que vivo, pero no para seguir viviendo siempre con ellos, sino que ya voy disponiendo mi partida, pues he resucitado para subir luego a mi Padre y Dios, que también lo es suyo.

300. LA APARICIÓN A LAS MUJERES

(Mt. 28, 8-10.)

No es bastante claro el modo de contar los sucesos de este día el Evangelio, de manera que se pueda asegurar con certeza y precisión todos y cada uno de los pasos, todas y cada una de las idas y venidas de los discípulos y las mujeres a Jerusalén.

Lo que a nosotros nos parece más probable es que María Magdalena, según hemos referido, se volvió a Jerusalén a avisar a Pedro y Juan, apenas vió el sepulcro vacío y antes de ver ningún ángel; mas luego volvió al sepulcro, regularmente con los dos apóstoles.

También las mujeres después que vieron a los ángeles y oyeron su discurso, debieron volver, y era muy natural, a Jerusalén a decir a los discípulos el recado de los ángeles. Y una vez que se lo dijeron, volvieron de seguro al sepulcro ansiosas de ver más y más, como lo habían visto la vez primera. La distancia era corta y este ir y volver era fácil.

Es lo más fácil que viesen allí a Pedro y Juan y lo que éstos habían hecho, y que conversasen con ellos, comunicándose mutuamente afectos e impresiones, y acaso estuvieron por allá cuando a María Magdalena se le apareció el Señor, si ya no la dejaron sola, cansadas de permanecer allí sin ver lo que pensaban los apóstoles y discípulos de

todo lo sucedido. Si la dejaron sola, ella luego las alcanzó en el camino, pues a la vuelta estaba con las demás.

Y volvían llenas de gozo y de temor a un mismo tiempo por segunda vez a Jerusalén, cuando «he aquí que les sale al paso Jesús y les dice:—¡Bienvenidas!

«Ellas al punto fuéronse a el y se abrazaron a sus pies y le adoraron.

»Entonces les dice Jesús:—No temáis; id y avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

301. ENCUENTRO CON LOS APÓSTOLES

(L. 24, 9-11.)

Vueltas a la ciudad fueron diciendo lo que habían visto a *los once*. Los once no se ha de entender como si a todos los once lo hubiesen ido contando. Este nombre de *Los Once* ahora y *Los Doce* en otras ocasiones, vino a ser el apelativo, más bien que el numeral de los Apóstoles, y sinónimo de esta misma palabra; algo así como cuando llamaban Veinticuatro a todos y cada uno de los regidores de Sevilla o de otros ayuntamientos de Andalucía aun cuando fuesen menos de veinticuatro, por haber sido veinticuatro en su origen.

A Los Once, pues, es decir a aquellos de Los Once que encontraron, y a cuantos de los demás amigos y discípulos con ellos estaban, fueron contando lo que les había pasado, como habían visto a los ángeles y al Señor y los recados que les habían dado.

Y a pesar de que se lo decían personas tan de su confianza como María Magdalena y María de Jacobo y Juana Cuza y las demás, sin embargo «a sus ojos parecieron estas relaciones delirios, y no les creyeron».

Y bien puede ser que tampoco lo descreyesen del todo. Pero era el fenómeno tan extraño, tan nunca visto, tan increíble naturalmente, que no se aventuraban a dar fe, ni se atrevían a manifestar siquiera creencia de nada de lo que les decían; antes acaso para aparecer más fuertes y superiores reíanse de las pobres mujeres, como de visionarias e ilusas.

Así disponía la Providencia todas las cosas, para que en

virtud de esta resistencia de los discípulos se viese mejor que no había de su parte engaño alguno.

302. LA APARICIÓN DE EMAÚS

(L. 24, 13-35; Mc. 16, 12.13.)

Avanzaba el domingo, y era la tarde. Probablemente después de la primera venida de las mujeres, y antes de la segunda, cuando las Marías habían ya referido sus visiones de los ángeles, pero no habían visto al Señor, o si lo habían visto, no lo habían dicho, dos discípulos, después de haber pasado el día de fiesta en Jerusalén, volvían a su granja, distante unos diez kilómetros; y dice San Marcos que «cuando iban andando se les mostró en otra figura, al ir a su granja».

Cuéntanos el suceso preciosamente San Lucas, y aun algunos, viendo los pormenores con que nos lo refiere, han creído que él era uno de los dos discípulos a quienes se apareció Cristo, tanto más, cuanto que la narración solo nombra al uno de los dos, a Cleofás, y calla el nombre del otro. Lo cierto es que del uno solo sabemos el nombre de Cleofás, contraído de Cleopatro, y del otro ni el nombre siquiera.

Sea de esto lo que quiera, el suceso aconteció así:

«Dos de los discípulos iban en este día a una aldea que dista de Jerusalén espacio de sesenta estadios, y se llama Emaús. Iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían pasado.

»Y sucedió que mientras iban hablando y discurriendo entre sí, también Jesús, acercándose, caminaba al lado de ellos; pero sus ojos estaban cohibidos para reconocerle.

»Dijoles, pues:—¿Qué conversación es esa que traéis entre vosotros en el camino, que estáis tristes?

»Y respondiendo el uno, que se llamaba Cleofás, le dijo:

»—¿Tú solo eres el forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha sucedido allí en estos días?

»Y él les dijo:—¿Qué?

»Y le dijeron:—Lo de Jesús Nazareno, que fué un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le han entregado los sumos sacer-

dotes y nuestros magistrados a sentencia de muerte, y le han crucificado. Y nosotros estábamos creídos que él era quien iba a redimir a Israel; pero es el caso que ya está pasando el tercer día desde que sucedió todo eso.

»Es verdad que unas mujeres de entre los nuestros nos han espantado, porque habiendo ido esta madrugada al sepulcro y no habiendo encontrado su cuerpo, han vuelto diciendo que también han visto una visión de ángeles que afirmaban que él está vivo.

»Y algunos de los nuestros han ido al sepulcro, y han hallado todo como decían las mujeres. Mas a él no le han visto.

»Y les dijo él:—Oh! insensatos y tardos de corazón para creer todas las cosas que han dicho los profetas! ¿No era necesario que padeciese el Mesías todo aquello, y que así entrase en su gloria?

»Y comenzando por Moisés y por todos los profetas les iba interpretando en todas las Escrituras lo que se refería a él.

»En esto llegaron a la aldea a donde iban, y él fingió que iba más lejos.

»Pero le hicieron fuerza diciendo:—Quédate con nosotros, porque llega ya la tarde, y va cayendo el día.

»Y entró con ellos. Y sucedió estando el con ellos a la mesa, que tomó el pan y lo bendijo, y lo partió y se lo daba a ellos.

»Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron. Mas él desapareció de sus ojos.

»Y se dijeron uno a otro:—Pues ¿no estaba ardiendo nuestro corazón en nuestro pecho, mientras nos hablaba en el camino, cuando nos descubría las escrituras?

»Y levantándose al punto volviéronse a Jerusalén y hallaron reunidos a los once y a sus amigos, que les decían: Ha resucitado el Señor realmente, y se ha aparecido a Simón.

»Y ellos referían lo que había pasado en el camino, y cómo le conocieron en la fracción del pan. Mas no les dieron crédito».

Tal fué la deliciosa historia. Como era tiempo de pascua, aquellos dos amigos habían ido a Jerusalén. Pasado el

sábado, día de fiesta, quisieron volver a su granja, y después de haber esperado hasta el mediodía a ver qué resultaba del Maestro, perdidas ya sus esperanzas, y menospreciando los espantos que les habían querido poner las mujeres con sus visiones de ángeles, como él, el Nazareno no aparecía por ningún lado, pusieronse por fin en camino, con intento de llegar a buena hora para comer en Emaús.

En forma de caminante se les apareció el Señor, y no le conocieron, porque su figura no era la misma, sino otra.

Tan suave y agradable fué su conversaci6n, que le forzaron a quedarse con ellos. No era sin duda muy tarde, pero ellos acentuaron un poco los motivos, para obligarle más.

Sentados a la mesa, y cuando esperaban continuar su conversaci6n que los tenía muy encendidos y animados desde el camino, vieron que el peregrino tomaba el pan de una manera extraña en sí misma, pero conocida para ellos, por haber sabido que el Nazareno en el jueves de su cena había hecho lo mismo. El huésped, con seguridad y certeza de lo que hacía, tomó el pan como lo había tomado el Nazareno, y lo mismo que aquél, lo bendijo, lo consagró, lo partió y se lo dió. Añadida a esto la iluminaci6n interior de Dios, se abrieron sus ojos, y ya iban a postrarse a sus pies, y a adorarle, y a darle su amor y obediencia... cuando el huésped desapareció de sus ojos!.

Miráronse uno a otro estupefactos, y se dijeron:—Pero ¿cómo no le hemos conocido antes? No sentías tú arder como yo tu corazón en el camino cuando nos hablaba? ¿Quién podía ser sino él? ¿No advertiste cómo se parecía a cuando predicaba en su vida?...

Pero era necesario referir esto a sus amigos. Al punto se levantaron de la mesa. Todavía, aunque ya venía el ocaso, podían llegar a buena hora a Jerusalén, pues no había más que dos horas escasas de camino.

Cuando ellos llegaban, los discípulos estaban reunidos con los once a la cabeza en un sitio que casi de seguro sería el cenáculo, donde desde entonces tuvieron sus ordinarias reuniones. Acababan de cenar, aún estaban a la mesa. Entraron ellos emocionados, y casi a un mismo

tiempo se dijeron ellos a los de dentro y los de dentro a ellos, que sí, que el Señor había resucitado.

—Pedro le ha visto,—decían los de dentro.

—Nosotros también le hemos visto,—decían los de Emaús.

Y refirieron todo cuanto les había pasado.

Sin embargo, a los de dentro, a muchos de ellos al menos, les pareció inverosímil el relato de los de Emaús, y no creyeron que aquel hubiera sido el Maestro. Preferían atenerse al relato de Pedro. Y como somos tan refractarios a creer las preferencias de los demás, no se quisieron avenir a creer aquel suceso tan misterioso ni a conceder a aquellos discípulos, acaso de segunda fila, una marca de predilección tan grande que no se había concedido todavía a los doce.

303. APARICIÓN A PEDRO

(L. 24, 24)

Por lo que los discípulos dijeron a los de Emaús, se sabe que se apareció a San Pedro Jesucristo en el mismo día de la resurrección. San Pablo en su Carta a los Corintios dice también que Jesucristo resucitado fué visto, primero por Cefas, luego por todos los Doce.

Por lo demás no tenemos relato ninguno de esta aparición. Debió ser después de volver Pedro del Sepulcro, acaso en el camino, como se apareció a las mujeres. Y no me parece mal el parecer de aquellos que juzgan que Pedro fué el primero, por supuesto, después de la Virgen su Madre, en recibir la visita de Jesucristo resucitado. Porque si bien San Marcos dice que se apareció en primer lugar a María Magdalena, no quiere decir que ésta fué la que recibió la primera visita de Jesús, sino que teniendo intención San Marcos de referir algunas apariciones, la primera de las que él refiere, fué la de María Magdalena. Como quien dice: se apareció varias veces; en primer lugar a María Magdalena, después a dos discípulos (que son los de Emaus) y últimamente estando a la mesa a los once. Y así como se apareció más veces, y entre la primera y segunda que él dice, sucedieron otras visiones, así pudo, antes de la que él pone primero, suceder la aparición a Pedro, como

yo creo más natural, dada la preeminencia del Príncipe de los Apóstoles y de la Iglesia, y la predilección con que siempre le distinguió el Maestro.

No sabemos lo que en esta aparición pasaría, ni los recados e instrucciones que el Maestro le daría. Pero se puede suponer que serían especiales, como a jefe de la Iglesia naciente y a superior de todos los Apóstoles y discípulos. Y acaso la reunión que tuvieron aquella misma noche, y la cena que juntos cenaron, como vamos a ver, obedeció a disposiciones del príncipe de los Once.

304. APARICIÓN A LOS APÓSTOLES Y DISCÍPULOS

(J. 20, 19-23; Mt. 24, 36-43; Mc. 16, 14)

Como ya lo hemos dicho, cuando los de Emaús llegaron, estaban todavía los Apóstoles y discípulos reunidos y sentados en la mesa, casi seguramente en el cenáculo. Entrados ellos, cerraron las puertas, por temor que tenían a los judíos.

Era ya bien tarde. Estaban llenos de animación discutiendo todos los sucesos de aquel día tan extraordinario, y tratando de compaginar todas las cosas y de interpretarlas, discutían especialmente el último hecho que les habían referido los de Emaús, negándole todos o la mayor parte el crédito. Ya las mesas de los manjares se habían retirado del centro, pero los convidados seguían reclinados en sus triclinios de sobremesa, cuando de repente...

«Vino Jesús, y se puso en medio de ellos y dijo:—¡Paz a vosotros! Yo soy! no temáis!

»Mas ellos turbados y espantados se figuraban ver un fantasma.

»Y él les dijo:—¿Por qué estáis turbados y por qué se levantan esas vacilaciones en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, porque yo soy el mismo. Palpad y ved, porque un fantasma no tiene carne y hueso como veis que yo tengo.

»Y diciendo esto les mostró las manos y los pies y el costado, y les reprendió su incredulidad y dureza de cora-

zón, por no haber creído a los que le habían visto resucitado.

»Mas como ellos por su gozo no creyesen y se maravillasen, les dijo:—¿Tenéis aquí algo de comer?

»Entonces ellos le presentaron un pedazo de pez asado y panal de miel. Y tomándolo comió delante de ellos y les dió los restos.

»Alegráronse, pues, los discípulos viendo al Señor.

»Díjoles de nuevo:—¡Paz con vosotros! como mi Padre me envió os envió yo a vosotros.

»Y habiendo dicho esto sopló sobre ellos, y les dice:—Recibid al Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados; y a quienes los retengáis les serán retenidos!»

No dicen los Evangelistas si los discípulos tocaron o no. Pero San Ignacio Mártir, discípulo de San Juan citado por Eusebio, decía: «Yo por cierto, aun después de la resurrección, sé y creo que Jesucristo tuvo cuerpo; y cuando vino a los que estaban con Pedro, les dijo: «Tomad, palpad y ved que no soy espíritu incorpóreo. Y al punto (añade) le tocaron y creyeron».

Y esto mismo da a entender el modo como comienza el Evangelista San Juan su primera carta diciendo: «Lo que era desde el principio, lo que vimos con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y lo que *nuestras manos palparon* acerca del Verbo de la vida... eso os anunciamos». (1 Joann. 1,1).

De este modo cada vez se iba confirmando más y más la verdad de la resurrección. Jesucristo, el mismo que había pocos días había vivido con ellos, vivía también ahora. Y si bien su vida era mucho más excelente que antes, y podía aparecer y desaparecer, y entrar y salir, por donde y cuando quisiese, y no padecía ni sufría nada; pero su voz era la voz de antes, y su figura la de antes, y tenía el mismo cuerpo, y la misma alma que en vida, ni era espíritu, o fantasma o aparición. Podía hablar, y comer, y ser abrazado, y tocado. Y ellos le tocaban y palpaban para cerciorarse de la verdad de la resurrección.

305. LA INSTITUCIÓN DE LA CONFESIÓN

(J. 20, 21-23.)

En esta aparición, como hemos visto, se instituyó la confesión, y se concedió a los discípulos la más alta jurisdicción que pueda concederse en la tierra.

«A quienes perdonéis los pecados se les perdonarán en el cielo».

«A quienes se los retengáis se le retendrán en el cielo».

En estas dos cláusulas están encerradas las credenciales para el poder judicial sobre todas las conciencias. Breves son, y sin duda que las narraciones evangélicas no cuentan sino sucintamente lo más esencial del Evangelio. De seguro que entonces mismo y después en los cuarenta días, como diremos, explicó el Maestro estos poderes y su ejercicio en la Iglesia, para que se formase, como se debía formar, la Sociedad de Cristo. La perpetua tradición de la Iglesia ha entendido siempre estas palabras de Cristo de la confesión, que ciertamente no creo que se hubiera introducido jamás en el mundo, si no se hubiera visto la voluntad expresa y el mandamiento obligatorio de Jesucristo.

Dice así el Concilio de Trento hablando acerca del Sacramento de la Penitencia:

«El Señor instituyó el Sacramento de la Penitencia entonces principalmente cuando resucitado de entre los muertos, inspiró en sus discípulos diciendo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados, y a quienes los retengáis les serán retenidos. Y que con este hecho tan insigne y con estas palabras tan claras se dió a los Apóstoles y a sus legítimos sucesores el poder de perdonar y de retener los pecados, para reconciliar a los fieles caídos después del bautismo, siempre lo ha tenido por cierto el consentimiento de todos los Padres; y con muchísima razón reprendió y condenó como a herejes la Iglesia Católica a los Novacianos que en otro tiempo negaban el poder de perdonar».

Y en efecto, en esas palabras está claramente afirmado y concedido a los Apóstoles y sus sucesores el poder de juzgar las conciencias, y de traer a su tribunal *todos* los pe-

cados de *todos* los fieles. Porque si *ningún* pecado se perdona que no se perdone por los ministros de Jesucristo, y *todos* se perdonan por ellos, es claro que quien quiera ser absuelto de las faltas graves que haya cometido, y penetrar así en los cielos, donde nadie entra con pecado, no tiene más remedio que acudir a ese tribunal, único puesto por Dios para decidir estas causas.

Y como para saber los jueces si han de perdonar o retener, es preciso que conozcan antes la causa, claro está que es preciso exponerles los pecados graves, y que, pues los confesores o jueces solos dan sentencia de lo que conocen, siempre que haya las debidas disposiciones, aquello que no conozcan, o que se les oculte no quedará absuelto, si no es en aquellas excepciones, que el mismo Señor haya establecido como por ejemplo siempre que se haga un acto de perfecto amor o contrición, con propósito sin embargo de confesarse después, cuando se pueda, y con obligación de hacerlo, como lo sabemos por la doctrina cristiana.

306. APARICIÓN A SANTO TOMÁS

(J. 20, 24-29)

Cuando se apareció el Señor a los Apóstoles no estaba Santo Tomás con ellos.

Aunque fuese incrédulo, aunque estuviese desalentado, aunque, como todos, se encontrase desconcertado en sus esperanzas, no es creíble que se hubiese separado de sus compañeros por ninguna de estas razones. Lo mejor para él y para todos los galileos y discípulos de Jesús en aquellos días era vivir juntos para mutua defensa y auxilio. No volvieron desde luego a Galilea, por pasar toda la semana de pascua en Jerusalén. Forasteros, como eran, no tenían casas propias, ni tendrían amigos numerosos en la ciudad. El amo del cenáculo que debía ser de mucha confianza del Maestro, les abría sus puertas, y todos naturalmente se refugiaban allí como en el sitio de cita, de refugio, y de conferencia.

Tomás faltó el día de la resurrección a la cena, probablemente por algún negocio que tendría o porque estaría convidado de algún amigo.

Cuando volvió al cenáculo o le encontraron sus compañeros, le dijeron al punto:—Hemos visto al Señor!...

No lo creyó Tomás. De genio pronto e impetuoso, franco y decidido, haciendo frente con temeridad a todos sus compañeros respondió:

«—Si no veo en sus manos la marca de los clavos y meto mi dedo en el agujero de los clavos, y meto mi mano en el costado, no creeré».

Y pasó toda la semana de la pascua.

«Y a los ocho días otra vez estaban sus discípulos dentro, y Tomás con ellos.

«Viene Jesús cerradas las puertas, y pónese en medio, y dijo:—¡Paz a vosotros!

»Y enseguida dice a Tomás:—Trae acá tu dedo, y mira mis manos: y trae tu mano, y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino fiel.

»Respondió Tomás y díjole:—¡Señor mío! y Dios mío!

»Díjole Jesús:—Tomás, porque me has visto has creído. ¡Dichosos los que no han visto y han creído!

Bondadoso fué el Señor con sus discípulos, y no pudo usar modo ninguno mejor para a un mismo tiempo confundirle, enseñarle y ganarle. Como por su parte Tomás era un gran corazón y amaba de veras a su Maestro, como lo había demostrado antes en vida, con la misma vehemencia con que antes había expresado su desconfianza, mostró ahora su fe.

No dice el Evangelio si tocó o no tocó en efecto las llagas. Es más creíble que las tocase, porque el Señor se las hizo tocar. Pero de una o de otra manera creyó en seguida, y creyó firmemente, y creyó no solo en la humanidad, sino también en la divinidad de Jesús, y sin poderse contener exclamó en un arrebato sublime aquella preciosa confesión del Mesías:—¡Señor mío y Dios mío! en que se compendia la fe, el arrepentimiento, la súplica, y sobre todo el amor!

Esta es la plegaria que el Sumo Pontífice desea que digamos al ver al Santísimo Sacramento expuesto, y sobre todo en la consagración, fijando en él nuestros ojos. Y por decirlo nos concede indulgencias.

Feliz Santo Tomás, que vió a Jesús y creyó en él.

Pero más felices podemos ser nosotros en este punto si

no viéndole, a pesar de ello, creemos. Dice la Iglesia hermosamente en el himno *Adoro te devote*:

*Plagas sicut Thomas non intueor;
Deum tamen meum te confiteor!
Fac me tibi semper magis credere!
In te spem habere! te diligere!*

«No veo como Tomás las llagas; pero sin embargo te confieso por mi Dios. Haz que cada día te crea más, tenga esperanza en ti y te ame!»

No es que Jesucristo desee que tengamos una fe irracional. Sino que, siendo imposible e innecesaria la experiencia personal, nos contentemos con el testimonio de testigos autorizados y creamos cuando hay motivos suficientes para creer.

307. LAS LLAGAS DE CRISTO

¿Por qué Jesús quiso conservar en su cuerpo resucitado las señales de sus heridas?

Muchas y muy hermosas son las razones que para ello pudo tener. Y las expone magistralmente el P. Luis de la Puente en la quinta parte de sus Meditaciones.

La primera fué para confirmar a sus discípulos en la fe de su resurrección y confirmarnos de paso en la fe de que resucitaremos, como él con nuestros propios cuerpos.

La segunda para que fuesen señales de su victoria y juntamente indicios de lo mucho que estima padecer por nosotros, alentándonos así a tener en nuestro cuerpo algunas señales de padecer por su amor.

La tercera para que le sirviesen de memoria y despertador de lo que le hemos costado.

La cuarta para mostrar estas llagas al Padre y aplacar su ira contra nosotros.

La quinta para provocarnos más y más a su amor y obediencia.

La sexta, en fin, para confundir en el juicio a los condenados, mostrándoles lo que hizo por salvarlos. A los cuales, como dice San Agustín, dirá entonces: Veis aquí al hombre que crucificasteis! mirad las llagas que le hicisteis, reconoced el costado que alanceasteis, el cual por

vosotros y para vosotros fué abierto... y con todo eso no quisisteis entrar por éll...

308. APARICIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Todas estas apariciones sucedieron en Jerusalén antes de salir los discípulos para Galilea. Y no dejará de chocar a algunos el que en todas ellas no se haga mención de la Virgen María. ¿Es que no se le apareció su Hijo?

Se le apareció sin duda y antes que a ninguno. Sobre lo cual dice muy bien San Ignacio de Loyola, conforme al sentir de los Santos: «Primero apareció a la Virgen María, lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros. Porque la Escritura supone que tenemos entendimiento», como está escrito: ¿También vosotros estáis sin entendimiento?»

Se le apareció, pues, y se le apareció antes que a nadie. A la aurora, cuando María le esperaba su divino Hijo se le presentó triunfador, resplandeciente, difundiendo por todas partes luz y amor, paz y alegría. ¿Quién es capaz ni de imaginar siquiera lo que en aquella dulcísima visita e íntimo coloquio pasó entre Madre e Hijo, y entre tal Madre y tal Hijo, y en la primera visita que se hicieron después de haberse hallado juntos en el mayor dolor que se ha sufrido en la humanidad?

Sin duda ninguna que si en el Calvario la Madre de Jesús sufrió más que ninguno ha sufrido en el mundo, en el cenáculo al recibir la visita de su Hijo resucitado, gozó también antes que nadie y mas que todos los que han gozado en este mundo.

309. VUELTA DE LOS DISCÍPULOS A GALILEA

«Os precederá a Galilea! Allí le veréis». Tal fué la cita del Angel.

«Id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea. Allí me verán». Esta fué la cita del mismo Jesús el mismo día de su resurrección. Lo mismo les había dicho durante su vida mortal. «Cuando yo resucite os precederé a Galilea». Y aunque también le habían de ver y le vieron en Jerusa-

lén, pero con esto les quiso dar a entender que donde principalmente había de estar con ellos despacio era en su patria, en el mismo sitio que lo retuvo durante la mayor parte de su vida mortal.

Galilea era el país natal y la habitual morada de los Apóstoles. Solo por necesidad o por seguir al Señor, y principalmente por causa de las fiestas, salían de Galilea y venían a Jerusalén en Judea. Ahora también si estaban en Jerusalén era por causa de la pascua a que habían venido el Domingo de Ramos con su Maestro por última vez. De esta pascua no habían de volver como de otras habían vuelto, victoriosos y acompañados de su Maestro. Este había ya muerto en Jerusalén. Sin embargo, otra clase de victoria les esperaba. El Maestro había resucitado como él mismo se lo había dicho.

Pasados, pues, los días de la pascua, aun sin el aviso del Maestro, de por sí los Apóstoles, que eran todos, menos el Iscariote, naturales de Galilea, y los discípulos, que también eran en su mayor parte galileos, hubieran venido a su país, sin duda ninguna.

Para los planes del Señor era también mucho más conveniente la paz de Galilea, lejos de los enemigos de Jesús. Allí, como veremos, pensaba irlos instruyendo en muchas cosas de la futura Iglesia. Y después, cuando ellos ya estuviesen preparados, los llevaría de nuevo a Jerusalén a presentarlos al mundo del modo que después veremos, en la siguiente pascua de Pentecostés.

Siguiendo, pues, el mandato del Maestro, acabada la pascua salieron de Jerusalén, y así, por la paternal providencia de su Señor se alejaron del peligro que podrían haber corrido en medio de tantos enemigos, sobre todo desde que se empezó a divulgar que el Nazareno de nuevo vivía y andaba en medio de sus discípulos, y hablaba y comía con ellos. De seguir en Jerusalén difícilmente hubieran los Apóstoles escapado a la saña y rencor de los que mataron a su divino Señor.

Saldrían, como es regular, terminadas las fiestas con sus paisanos, en caravana de vuelta a sus tierras. Las conversaciones versarían por fuerza acerca de los últimos sucesos, así de lo que todos sabían y habían visto, de la pasión;

muerte y sepultura del Salvador, como de lo que habían oído de la resurrección y de las apariciones. Y en el camino tendrían los Apóstoles que responder a las innumerables preguntas y curiosidades de los compañeros.

De esta manera su vuelta, durante el viaje, y después la llegada a su patria y a sus casas fueron como las primicias del apostolado futuro.

A dónde se recogieron no es fácil definirlo. La bolsa común, aunque no tendría de seguro mucho dinero, había desaparecido en manos de Judas. Cada cual podía haber vuelto a su casa, y es fácil que así lo hiciesen al principio. © acaso muchos se reunieron amigablemente ya para estar ya para hablar, en la casa de Pedro en Cafarnaúm.

310. LA PESCA MILAGROSA EN TIBERÍADES

(J. 21, 1-14)

Allí debían estar reunidos varios, por lo menos un día en que acaeció el siguiente suceso, precioso idilio del mar que nos refiere San Juan con su encantador lenguaje:

«Después, dice, se manifestó otra vez Jesús a sus discípulos junto al mar de Tiberíades. Y se manifestó de esta manera:

»Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo (Gemelo) y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo y otros dos».

Quiénes fueron estos otros dos es muy difícil, por no decir imposible, saberlo. Algunos forman conjeturas más o menos fundadas. Regularmente, la memoria de San Juan, anciano ya cuando esto escribía, no recordaba bien quiénes fueron estos, o tal vez eran personas poco conocidas ya de los fieles y no los quiso nombrar.

«Díceles Simón Pedro:—Voy a pescar».

Aunque los discípulos habían seguido a su Maestro, y por él habían dejado todo, no lo habían, sin embargo, dejado de tal manera que no pudiesen hacer uso de ello de nuevo. Y tal vez la confianza de camaradas, permitía a Simón Pedro y a los Zebedeos echar mano de cualquiera lancha de sus antiguos compañeros y actuales amigos. Por otra parte, regularmente tendrían necesidad de trabajar

para comer. Por eso dijo San Pedro, como invitando a los demás:—Voy a pescar.

«Dícenle:—Vamos también nosotros contigo».

«Y salieron y subieron a la barca, y en aquella noche nada cogieron.

»Llegada la mañana presentóse Jesús en la orilla; pero los discípulos no conocieron que era Jesús.

»Díjoles, pues, Jesús:—Chicos, tenéis algo que comer?

»Respondieronle:—No.

»Díceles él:—Echad la red a la mano derecha de la lancha y hallaréis.

»Echáronla, pues, y no la podían retirar por la cantidad de peces».

Al ver esto Juan, a quien tal vez desde el principio le estaba llamando la atención el tal hombre y lo que les decía, fijó su virginal y penetrante vista en el desconocido.

«Dijo, pues, a Pedro el discípulo a quien amaba Jesús:

»—Es el Señor!

»Simón Pedro, en cuanto oyó que era el Señor, se ciñó la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar.

»Mas los otros discípulos vinieron en la lancha tirando de la red de los peces porque no estaban lejos de la orilla sino como unos doscientos codos (100 metros).

»Pues en cuanto saltaron en tierra vieron unas brasas arregladas y encima sobrepuesto un pez y pan.

»Díceles Jesús:—Traed de los peces que habéis cogido ahora.

»Subió Simón Pedro y trajo a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres grandes peces. Y siendo tantos no se rompió la red.

»Díjoles Jesús:—Venid a comer».

Era natural que lo insólito de aquel caso y la presencia del resucitado suscitase en los discípulos algún recelo y vivo deseo de cerciorarse de si efectivamente era Jesús o no el que de esta manera los trataba, o si era un fantasma que veían sus ojos o algún otro parecido al Maestro, pero distinto de él. Mas era tan patente que el que tenían delante era Jesucristo, su antiguo Maestro, que toda pregunta se ahogaba en la garganta y toda curiosidad se helaba en